

Repensar la pastoral en un contexto plural

Monseñor Albert Rouet¹

¿Ha habido algún período de la historia en el cual el contexto no haya sido plural? Ya la pregunta merecería un serio examen histórico. Quedándome solamente en la diócesis de Poitiers, la pluralidad aparece como consustancial a su historia, al menos desde la Reforma. Podemos decir que existen dos formas principales de pluralidad: la de ayer, como mezcla y la de hoy, en paralelo². Para comenzar esta aportación en forma de testimonio reflexionado, trataré ambas rápidamente. Luego, propondré algunas pistas para orientar la pastoral hoy. Al final, señalaré los puntos que, a mi entender, merecen una particular atención para que los cambios necesarios en la pastoral se pongan en marcha.

UN CONTEXTO PLURAL POR MEZCLA

Múltiples sondeos acreditan que la religión católica comprende alrededor de un 70 % de la población de Francia, según los propios criterios, ya que la precisión no es siempre la mejor cualidad de estas encuestas. La dificultad no está tanto en la adhesión, sino en los contenidos asumidos del catolicismo. El problema no está tanto en la objetividad de los gestos, sino en la de las opiniones.

Una historia compleja

El habitante de Poitiers recibió con facilidad la conversión y guarda una his-

¹ Albert Rouet, nacido en 1936, fue ordenado sacerdote en 1963. Nombrado obispo de Poitiers en 1994 y desde el año 2002 fue elevado al rango de arzobispo de Poitiers. Es uno de los autores de "Un nouveau visage d'Église" Paris, Bayard 2005 y de "Un goût d'esperance. Paris, Bayard, 2008 y ha publicado entre otras, "Des prêtres parlent", Paris, Bayard, 2007.

² A propósito de la fraternidad del mundo rural: un sacerdote distinguía espontáneamente entre: una fraternidad fraccionada en sectores: los agricultores, los artesanos... era la de otros tiempos, y una fraternidad actual por objetivos: los deficientes, los alejados....

toria religiosa diversificada. Permanecen, todavía hoy, rasgos inequívocos y activos de viejos cultos galos o celtas, desde el número de iglesias edificadas sobre fuentes sagradas, hasta peregrinos a fuentes o árboles con fama de curanderos. A pesar del rigor del Concilio de Trento, estas prácticas de religión popular quedan ocultas, pero vivas.

El Sur de la diócesis, tierra de grandes abadías que cultivaron las tierras, conoció las severas guerras de religión. En esa región vive una minoría importante de protestantes que han desarrollado, como pioneros, cooperativas y mutuas. Desde el espíritu del libre examen, como reacción contra el catolicismo de Estado, se ha desarrollado un libre pensamiento en que el positivismo ha marcado las mentalidades fuertemente y por mucho tiempo

En el Noroeste, se desarrollaron las grandes misiones iniciadas por San Luis María Grignon de Montfort. En el siglo XVIII, esta región vio establecerse la unanimidad religiosa que ha durado hasta 1990 con más del 95 % de práctica dominical. Esta cristiandad atravesó las guerras de la Vendée. El choque con la modernidad le ha provocado una situación difícil.

Como en la mayoría de los departamentos franceses, el deísmo está dentro de la fe cristiana. Al abrigo y la garantía de los ritos católicos, se ha podido llegar a la conclusión de que el habitante de Poitiers es cristiano.

En realidad, la revelación de la Trinidad se ha borrado frente a la aceptación vaga de un Dios accesible a la razón y común a todos, entendemos “común” a todos los miembros de un mismo grupo. En lugar de celebrar la Encarnación, la Navidad se transforma en la fiesta de los niños. La Iglesia iba hacia adelante por su influencia instalada, más que como Cuerpo de Cristo donde los bautizados son miembros unos de otros. La moral ordinaria del bienestar redujo la práctica a la contabilidad de misas dominicales. Dicho de otra manera, esta religión debilitó el corazón del cristianismo. La hipótesis que se presenta cree que la crisis actual concierne más a este deísmo inconsistente y agonizante, que a la fe cristiana propiamente dicha.

Pluralidad y reacciones

He hablado del “contexto plural como mezcla”. Esta rápida visión histórica

parece oponerse a este calificativo, porque cada territorio se distingue por una identidad particular. Es necesario ir a lo profundo. Tres factores al menos han favorecido la mezcla:

Primero, el modelo religioso servía poderosamente de principio de identidad. La pertenencia a una confesión cristiana o a una filosofía inducía a compartir la vida de una comunidad, de un municipio, a menudo también de opiniones políticas. Así, en este país pequeño, en el que los protestantes gestionaban los comercios, los disidentes - que habían rechazado el Concordato de 1801 - tenían las tierras y los católicos servían como trabajadores. La historia creó estratos sociales.

Además, la religión sostenía, más o menos directamente, las alianzas, los matrimonios y las relaciones económicas. Cada uno estaba dentro de la red. Un ejemplo: la región en que la burguesía se dedicó a comprar las tierras de los protestantes para re-catolizar el país.

Por último, en el conjunto de la diócesis, la cuadrícula parroquial cubría el país con las mismas reglas y los mismos usos. La voluntad de imponerse ha dirigido, aquí o allí, a la Iglesia católica contra las Reformas o los libre pensadores. Se dieron enfrentamientos y reacciones a veces violentas contra los inventarios de bienes de la Iglesia - en 1906-1907 - activaron el gusto por el triunfalismo. Las corrientes conservadoras de la Acción Francesa, con el apoyo del régimen de Vichy, desde la repulsa de la descolonización hasta el rechazo de los extranjeros, mantuvieron el sueño de la reconquista, incluso en la modernidad. Según esto, se constata que la acción directa, la evangelización inmediata y ostentosa, ha sido un callejón sin salida y una trampa para las psicologías más frágiles.

Este contexto plural resulta una mezcla de ingredientes diversos, pero es donde la suma quiere configurar una identidad manifiesta, viva por ella misma, que se erige frente a las otras. Dos ejemplos, uno negativo, el otro lleno de esperanza, aclararán este asunto.

En los años 50, se constataba la ausencia casi total de hombres en la misa, los párrocos lanzaron "las misas cantonales para hombres". Efectivamente, en

numerosos cantones poco cristianos, esta iniciativa llevó a un buen número de hombres a volver a la Iglesia. Resultado positivo. Pero en tierra de cristianidad, donde los hombres practicaban regularmente, se escapaban por primera vez de la vigilancia curial. Su número bajó aproximadamente un tercio: efecto negativo. Ejemplo manifiesto de una pastoral general ignorante de las situaciones reales.

Segundo ejemplo: en la región menos católica de la diócesis (0,5 % de práctica dominical) el hecho de que los sacerdotes responsables de las parroquias tuvieran un trabajo como el de la gente (campesinos, librereros, conductores...) ha cambiado completamente la relación de los habitantes con la religión: el sacerdote comparte la condición ordinaria de los hombres. De golpe, su ministerio y su testimonio han encontrado el crédito indispensable.

NUEVO CONTEXTO PLURAL: EN PARALELO

La complejidad en mezcla lleva a oposiciones inevitables entre los grupos y entre los países; la exigencia de identidad los ha dividido; ya no vivimos tiempos de oposición, pero es peligroso dar noticias, sea por desestima de este mundo o por ganas impetuosas de exhibir la identidad, de gozar exhibiéndose. Además, la oposición entre el ocultamiento y la manifestación explícita se ha encarecido; queda la oposición interna al catolicismo sin tener en cuenta las situaciones, pues la situación concreta sugiere hablar en primer lugar de lo pertinente, de credibilidad y de adecuación.

Una situación nueva

La nueva situación me parece esencialmente atravesada por contradicciones, de ahí su complejidad. Algunas de estas contradicciones golpean directamente a la diócesis de Poitiers y a otras diócesis. Así, las riquezas de un pequeño número no cesan de crecer, mientras la pobreza se ha instalado hasta lo más profundo en sus campos. Cada vez más, los jóvenes hacen sus estudios pero deben abandonar Poitiers para encontrar un empleo. El campo, lejos de los grandes ejes de circulación, se vacía y llegan nuevos habitantes (más de 20.000 ingleses viven en Poitiers), y la mitad de la población de la diócesis vive alrededor de las ciudades, allá donde faltan medios para crear nuevos

centros pastorales. La población activa tiene gran movilidad, lo cual provoca el aislamiento, que golpea a los ancianos del campo. El número de agricultores disminuye (pero no las superficies cultivadas), el mundo obrero se transforma rápidamente: de ahí la dificultad de dar vida a los movimientos de acción católica, debido a que los barrios populares se pueblan de inmigrantes...

Se podría continuar la descripción, pero vale más detenerse en dos temas diferentes. Primero el de los jóvenes: la pregunta de si tenemos jóvenes es inevitable; recordemos que en 50 años la región ha perdido el 40 % de su juventud; los jóvenes encuentran dificultades para reunirse, su vida queda diluida. Esta dificultad no afecta solamente a la Iglesia; los ayuntamientos han suprimido su equipo juvenil de fútbol por falta de jugadores; más aún: la generación de los 30-40 años ha abandonado la Iglesia a escondidas. No se ha hablado mucho de estos abandonos. Los jóvenes se encuentran frente a la generación de sus abuelos. ¿Cuál es la calidad de los grupos de jóvenes y de capellanías?, se encuentran de hecho ante un vacío descorazonador. Nos parece preferible construir una pastoral descendente de los padres, de 30-40 años hacia los jóvenes, en lugar de considerar una pastoral ascendente de niños hacia los padres.

Un mundo contradictorio

El segundo tema es la secularización, es decir, el doble triunfo de la técnica (“todo es posible”) y del derecho positivo (“tengo derecho”). Es un hecho al que hoy llamamos individualismo. En realidad, los técnicos (escolares, comerciales, profesionales...) han organizado una sociedad en la que cada uno se encuentra solo frente a sistemas sobre los cuales no tiene asideros, en los que las decisiones referentes a su historia se toman cada vez más lejos de su persona. Esta sociedad produce el individualismo. El último campo en el que una persona puede ejercer todavía su responsabilidad y mantener el sentimiento de existir, es en su vida afectiva, debido fundamentalmente a que las mentalidades soportan cada vez menos toda intrusión en su esfera privada.

La secularización se establece más y más en el terreno que conquista, sobre el deísmo agonizante. De hecho, concuerda gustosa con una credulidad cre-

ciente; el éxito del “Código Da Vinci” nos da un buen ejemplo de credulidad. Lo maravilloso, lo exultante, lo emotivo, prolifera rápidamente. La globalización anónima prefiere lo extranjero y al mismo tiempo provoca opiniones contrarias frente a los extranjeros reales.

Este nuevo contexto plural se construye con lógicas paralelas, difícilmente relacionadas de manera lógica. Entre las técnicas puntillosas y los comportamientos concretos, interviene a menudo lo emotivo, lo irracional. El hombre actual, exaltado por las modernas capacidades, se siente frustrado al no poder gozar, y al mismo tiempo decepcionado por las consecuencias para su vida. De ahí la búsqueda por todas las maneras para encontrar un significado a su propia historia, dejando de lado los sistemas, organizaciones e instituciones que le presionan. Su indiferencia llega a ser su última prudencia y su última protección. De ahí la llamada angustiada hacia una mayor seguridad; se busca la seguridad para asegurar la identidad.

TRES ORIENTACIONES

Simplificando el esquema, podríamos avanzar que el contexto de ayer yuxtaponía mundos mezclados pero relativamente homogéneos, mientras que el de hoy comprende lógicas paralelas que atraviesan las diferentes partes de la sociedad e incluso a los individuos. De esta manera, la situación parece más compleja e incomprensible. ¿Qué pastoral podemos proponer que, lejos de rechazar este mundo, quiera aceptarlo con realismo? ¿No es un “tiempo de gracia” para aceptar la fe? Tres actitudes fundamentales me parecen condicionar los esfuerzos pastorales, pues es verdad que este engendramiento requiere encuentros fructíferos. La dificultad actual se debe precisamente al encuentro entre influencias paralelas. Se trata de la credibilidad del cristianismo, de la responsabilidad otorgada en la confianza y en la formación de la memoria.

La credibilidad

La pregunta más radical que tenemos hoy es la pertinencia o adecuación de la fe cristiana. Si se estima que todas las religiones no son más que variantes de un mismo sentimiento de infinito, o se teme que en función del absoluto en nombre del cual se expresan, estas religiones no son inevitablemente intole-

rantes ni violentas, la opinión más común sitúa lo religioso en la esfera de lo privado y las acepta por su valor patrimonial o emotivo. En realidad, las propuestas religiosas no llegan al corazón de la persona; la conciencia que las juzga se pone de pantalla frente a su penetración; incluso en algunos de sus adeptos. La pertinencia es, pues, la gran cuestión.

Esto nos lleva a constatar que antes que la fe está la cuestión de la credibilidad; que antes que hablar de la verdad está el problema de la veracidad, es decir de los criterios que permitan juzgar que tal verdad encontrada es la “verdadera verdad”. La fe no avanza sin prolegómenos, el Evangelio sin preparación, Cristo sin profetas. ¿Cómo llegar a lo íntimo del hombre y hacerle ver que la fe cristiana es buena para su vida? Me permito avanzar dos caminos, ¡y un tercero de otra naturaleza!

La primera vía de credibilidad pasa por el combate a favor del hombre, la preocupación por su dignidad, la defensa de los excluidos. Se hace necesaria una acción gratuita, pues no se trata de aumentar los rangos de una organización, ni incluso de sostener una tesis; se trata, de manera radical, de mostrar al hombre que posee en sí mismo un valor grande, una gran dignidad, que merece la pena consagrarse para que adquiera su dignidad plena. La reducción de lo humanitario disminuye al hombre. En este sentido, no existe compromiso social desinteresado sin una fuerte espiritualidad; es necesario que la Iglesia muestre que no trabaja para su propio provecho, sino que sirve a un objetivo más grande que ella, la restauración de “todo hombre y de todo el hombre”. Su generosidad revela el precio que concede al hombre; su compromiso, a veces incomprendido y doloroso, le hace creíble. Un joven alcalde de un ayuntamiento rural, viendo la acción de los cristianos, reconocía: “He comprendido que no es algo idiota ser cristiano”.

La segunda vía concierne a la cultura, pues la cultura traduce la manera con la que, en un tiempo y en un lugar, los humanos han comprendido su existencia y su historia, es decir su propia humanidad. Ya se trate del patrimonio cuyo significado se escapa a un contemporáneo y se pierde en el historicismo o la técnica, o de investigaciones más contemporáneas, el punto clave no está en aquello en que la Iglesia aparece como competente en materias en las que, ayer, reinaba por su poder; no es tampoco cuestión de si es capaz de rescatar

significados simbólicos que mentes artistas saben desplegar; el punto clave sería ver si la Iglesia es capaz de recibir. Antes, ella mandaba en las artes, hoy la cultura es un hecho de Estado, es un bien público³. ¿Va a ser la Iglesia capaz, más allá del diálogo erudito, de recibir a otros hombres con significados existenciales diferentes, y de recibirlos no solamente en calidad de medios apologeticos o catequéticos, sino como un tesoro del que tiene necesidad, para ser ella misma, el cuerpo del Verbo encarnado a quien la humanidad ha dado carne? Pues el crédito no reside únicamente en el poder de implantación ni en la extensión del saber; está en la mano abierta del mendigo de comprensión. El pobre no confía más que en otro pobre. La credibilidad pasa por la humildad.

Por último, la tercera vía, mezclada con las otras dos y distinta de ellas, pide un esfuerzo de inteligencia para analizar los signos de los tiempos, admitir la agudeza de las investigaciones actuales y percibir los lugares donde el hombre juega con su existencia. No se ama nada si no se quiere comprender. Lejos de encararse en aflictivas querellas sobre las rúbricas, rehusando aislarse en museos repetitivos, la inteligencia cristiana debe adherirse a las producciones del espíritu humano a fin de discernir los retos urgentes. La credibilidad supone comprender al otro, allá donde refleja lo que es.

Así, la credibilidad compromete la actitud profunda de la Iglesia, de apertura, de intercambio, con una palabra de fraternidad. La Iglesia está invitada a descentralizarse de ella misma; es enviada a dar a los otros confianza para que se beneficien por sí mismos, lo cual supone que los considera merecedores de confianza y capaces de plena responsabilidad.

Responsabilizar

Constituir un “pueblo de testigos” exige condiciones precisas, pues el testimonio no se limita a actitudes privadas, sino que supone una estructura social adaptada a la misión comunitaria del testimonio. Algunas organizaciones favorecen el Evangelio, otras lo estorban o incluso lo contrarrestan. De ahí el interés de preguntarse por su conveniencia.

³ La Iglesia puede dejar de pensar que es la única referencia humanista.

La primera condición es la proximidad. No se testimonia desde lejos, el testimonio no es un espectáculo más o menos atrayente que se desarrolla en el exterior; para interpelar a lo más íntimo del hombre es necesaria la proximidad. Esto no se define como una simple vecindad, ni siquiera por una acogida en el umbral de la puerta; la vecindad es una situación pasiva, la proximidad nace del hecho de hacerse próximo, a fin de poder intercambiar, dar y recibir, a partir de los acontecimientos de la vida. Aquí, la intuición de los movimientos de acción católica es actual y provechosa. De esto resulta que la organización centralizadora, las reagrupaciones y otras estrecheces que se alejan de la periferia no favorecen esta proximidad.

La proximidad lleva a interrogarse sobre el tipo de relación que se debe privilegiar. Un status social aislado o dominante – pienso en los sacerdotes – no testimonia esta fraternidad que busca el intercambio en cercanía, sean cuales sean las cualidades de los individuos. Aquí, en efecto, no basta contentarse con un sacerdote simpático ni con mostrar que hay algunos cristianos dedicados (¡lo son todos!), es preciso dar un testimonio comunitario a la manera en que la organización eclesial se hace significativa y original en nuestro mundo. Ningún estatuto particular de tipo piramidal resiste a la prueba de la fraternidad: las relaciones entre las personas son prioritarias. Este cambio, aparentemente frágil, coloca a la Iglesia de una manera diferente a otras organizaciones civiles fuertemente jerarquizadas. Es este contraste el que crea sentido, un sentido más fiel y más neto que los sueños de promoción de la identidad.

Este cuadro permite a cada cristiano manifestar, por el bien de todos, los carismas que el Espíritu le confía. Una estructura de Iglesia debe velar con esperanza para que todo cristiano tome sus responsabilidades dentro de la Iglesia, allá donde vive y según la medida de sus capacidades espirituales. Veinte siglos de cristianismo han configurado un pueblo impotente, bueno sólo para ayudar... Mientras la sociedad actual permite a un ciudadano comprometerse en política, en las asociaciones o en la producción, la Iglesia no puede aparecer como el lugar donde habita un pueblo de menores: no será creíble.

Proximidad y responsabilidad tejen una red de relaciones que vivifica a la Iglesia. Primero, el tejido social interesa a los responsables de la vida civil:

¡No hay más que ver el número de responsables en las comunidades locales llamados a participar en los consejos municipales!

Formar la memoria

¿Qué hacer para aquellos y aquellas cuya movilidad impide, de hecho, una pastoral continuada? ¿Cuántas parejas casadas en un lugar viven en otro? La larga duración se nos escapa y nos sentimos impotentes frente a la movilidad. Sin embargo, al leer el Nuevo Testamento, ¿cuántas personas no se han encontrado más de una sola vez con Cristo o con San Pablo...? Y su vida ha cambiado.

¡No está en nuestro poder crear “caminos de rosas”! Pero podemos tomar parte en encuentros puntuales en los que, más que la duración, es necesario examinar la profundidad y la densidad. Otros encuentros posteriores seguirán el trabajo según el camino de Dios. No se nos pide hacer todo, sino tomar en serio cada uno de los encuentros, como una apertura al Evangelio.

No será siempre fácil, ni posible ir hasta el final, ni incluso hablar explícitamente de Cristo. Un joven preparaba su boda; molesto por la insistencia a que había que hablar de Cristo, gritó: “¡No he venido aquí para que me den el catecismo!”. Venía para hablar de él, de su pareja, de sus aprensiones y de sus esperanzas. Como no se le había escuchado, no podía entender una palabra de la fe. Lo serio del encuentro no está provocado por la urgencia de lo cristiano, sino por la verdad de la persona que viene.

Pues lo esencial, aquí, pide crear y alimentar una memoria cristiana. El punto de partida se enraíza en la historia de la persona que está presente: las palabras que ella confía dan al cristiano el vocabulario indispensable para avanzar hacia el Evangelio. Así, otro joven dice: “Quiero casarme por la Iglesia porque la Iglesia es el único lugar donde puedo expresar mis preguntas”. ¡Y bien! Su reflexión va más lejos de lo que parece; tenía una base de memoria cristiana.

La misma atención concierne a las celebraciones: su poder simbólico, por la puesta en acción del cuerpo (lugar, gestos...) forma una memoria feliz de

encontrarse con los cristianos. Tal encarnación pertenece al mensaje evangélico. “Otro sembrador, otro recolector” (Jn 4,37).

UNA ATENCIÓN PARTICULAR

No se puede pensar que la evolución pastoral sea posible sin modificar las estructuras: éstas permiten un margen de cambio bastante limitado. La parroquia, por ejemplo, es fuertemente centrípeta; atrae, pero le cuesta cambiar. Sería también negativo que la pastoral se contentara con aplicar prescripciones teológicas; ella nutre la reflexión teológica, pues la vida de la Iglesia constituye un “lugar teológico”, una fuente de reflexión. Para terminar, cito cinco puntos en que los desafíos teológicos son importantes y merecen una atención renovada.

Reflexionar sobre las relaciones entre la Iglesia y el mundo

La Iglesia no se sitúa frente al mundo, como dos sociedades antinómicas. La palabra diálogo no responde enteramente a la realidad, porque la Iglesia está formada por ciudadanos de este mundo – son la “carne” – y ese mundo está ya trabajado por el Espíritu que anima a la Iglesia. Para describir esta situación, el Evangelio habla en parábolas: ovejas perdidas, pequeño rebaño, la sal y la luz, la semilla echada en tierra... Tantas comparaciones indican que ninguna situación puede pretender ser el lugar ideal. Por esto los nombres en singular – la sociedad, el hombre... - son problemáticos. Debemos pensar en plural, lo cual concuerda con el contexto plural en que vivimos.

En consecuencia, la Iglesia debe encontrar cierta pluralidad original, de manera que se corresponda con los paralelos que atraviesan las sociedades actuales. La palabra única corre el riesgo de no ver más que la “media”, pero sin implicar a nadie. Al contrario, hablando exactamente a la condición de las personas es como el mensaje alcanzará a un mayor número, ya que lo general no se alcanza sino por la profundidad de lo particular.

Por esto, la unidad pide ser pensada en tanto que comunión, pues la unidad tiene necesidad de un principio que se impone y mantiene un mínimo de unanimidad o un máximo de uniformidad. La comunión habla de igual dignidad

de los participantes y del servidor de sus lazos de relación. Mezclando sus propias palabras con los diversos discursos de los hombres, en sus propios niveles, la Iglesia será escuchada y pertinente.

Revisar las relaciones entre lo sagrado, la religión y la fe.

La secularización no ha borrado lo sagrado, lo ha desplazado, si se entiende por "sagrado" este indiscutible fundamento de la vida social. Lo sagrado invade el curso de la Bolsa, los estadios, las vacaciones y las imágenes... Eminentemente plástico, se adapta a todos los centros de interés que proceden de lo más profundo del hombre, pero por sí mismo no es religioso; es el fundamento subconsciente de los comportamientos. El cristianismo razona menos en la categoría de lo sagrado que en la de santidad, aunque las distinga para relacionarlas.

Sin entrar en el debate propuesto por Dietrich Bonhoefer sobre la diferencia entre la fe y la religión, se puede constatar que las personas profesan una fe aislada de toda religión instituida, así como otras alzan una religión sin manifestar la fe. La cuestión no se aclarará buscando re-sacralizar estos elementos, pues la desconfianza casi instintiva de muchos contemporáneos hacia toda institución ya establecida y supuestamente fija, lleva consigo el "miedo" (la palabra vuelve a menudo) entre el cuerpo de preceptos y prácticas acusadas de llevar hacia la intolerancia con el exterior de los sujetos y a convicciones absolutas en su interior. Por tanto, ¿quién puede hablar en nombre del absoluto sin absolutizarse él mismo? Esta pretensión es rechazada con vehemencia y, si se acepta, es a menudo para recubrir angustias afectivas o proyectos políticos: el más puro de los discursos esconde la más impura de las motivaciones.

La actitud más justa unirá la humildad de la postura social con la pureza de los motivos para creer. La religión, como institución, está llamada a una flexibilidad capaz de reunir las conciencias, y la fe como adhesión a Cristo se convierte en la dulce contemplación de la vida de Cristo. La manera de creer lleva añadido un modo correspondiente de presencia social. La Iglesia debe funcionar por la fe que ella anuncia y no dar como perennes las formas de hacer que recuerdan épocas pasadas.

Saber acoger

Es lícito traer a nuestro tiempo una constatación muy bien contrastada, en un sentido positivo o negativo. Tales constataciones prueban solamente la dificultad de percibir lo que, bajo vientos contrarios, se juega en profundidad. Pero, cuando no se centra la atención sobre lo superficial, el número o lo inmediato, entonces se focaliza sobre las aspiraciones menos discernibles, aunque esenciales. A través de las seguridades, las conquistas o las angustias, el hombre está en busca de sí mismo; su futuro se presenta incierto, su dignidad problemática. Hoy, la cuestión radical no nos lleva tanto a Dios, cuanto sobre el hombre; o mejor, a través de Dios, el hombre se interroga sobre sí mismo.

Una Iglesia acogedora: la exigencia no se refiere tanto a la hospitalidad o la gentileza del encuentro, como a la capacidad de comprender y aceptar esta cuestión radical. Acoger una cuestión tan vital no pide a los creyentes precipitarse sobre las respuestas ya preparadas, sino comprender la cuestión por ella misma y que se considera como el brotar de la fe. Ser hombre o mujer creyente, ciertamente, pero lo sustantivo “hombre, mujer”, ¿que representa de hecho?, despojados de su adjetivo “creyentes”.

La cuestión es inmensa, pues supone que la fe no se limita a ser más que un revestimiento colocado encima de la existencia, sino que esta fe agarra la existencia por abajo y la hace mantenerse en pie, libre y responsable. Dicho de otra manera, se trata de mostrar cómo la fe se hace “vida de la vida”, lo que San Pablo llamaba “la obediencia de la fe”, este habitar en el hombre de un verbo que inspira sus palabras y lo abre a la escucha: un Sopló. En esta profundidad, la fe se hace pertinente (adecuada).

Por tanto, colocar la fe del lado de la vida, en la base de las elecciones, como origen bautismal de un renacimiento, se lleva a cabo al compartirla entre hermanos creyentes. Por consiguiente, en la medida en que los cristianos aprendan a compartir, entre ellos, sobre esta fuente de vida, llegarán a ser capaces de acoger la pregunta de los hombres hoy. Engendrar de verdad a quien ya se reconoce engendrado.

El Dios de las relaciones

Reconocer en sí mismo ese movimiento de acogida y de regalo, reenvía al hecho que el corazón de la persona se mantiene en las relaciones; esto contrasta con el individualismo social en el cual se debaten nuestros contemporáneos. La confrontación pacífica requiere de los cristianos reconocer en qué ponen su fe, es decir que fundamentan su solidez no en ellos mismos, ni en su número, ni en sus obras, sino en el otro, en ese Otro que establece la Alianza con ellos. El descentramiento, el abandono confiado, dan a la vida su soltura y su fuerza.

Pues el Dios sobre el que se apoyan los creyentes no pesa sobre ellos; Él vive en sí mismo relaciones de intercambio y de igualdad. Lejos del deísmo inconsistente, Dios se revela en Cristo como don y acogida; en una palabra, como generosidad. La fe crece por ese “dinamismo” (por citar a San Pablo); es movimiento, tensión, deseo, apertura; da vida, vivifica en el intercambio, incluso con los no creyentes (cf. Rom 5,8). La fe de diálogo marca la realidad trinitaria de Dios. Así, lo esencial del mensaje cristiano se manifiesta en el más sencillo de los encuentros; acogiéndome, el otro pone una mirada filial, es decir, la de un hermano.

La práctica teologal

Los cuatro subrayados precedentes cuestionan la reflexión teológica en otro tono que el de las universidades. No es que el saber quede invalidado, aunque sí desplazado. Ante la complejidad del mundo actual, en el que la pertinencia (adecuación) se escapa por el peso del número, están las manos abiertas y la escucha atenta, que indican la posición justa. Jamás nos ha pedido Cristo ser eminentísimos, nos ha pedido tener capacidad de saborear. El testigo queda desplazado, el formador no lo sabe todo. Esta posición nace del conocimiento de lo que vive en el corazón del hombre. La pastoral nos enseña la ciencia del despojamiento del que reluce el anuncio pascual.